

HUGO E. BIAGINI
ARTURO A. ROIG
(directores)

Diccionario del pensamiento alternativo



PROGRAMA
INTERUNIVERSITARIO
de
HISTORIA POLÍTICA



Editorial Biblos
: l e x i c ó n :

Diccionario del pensamiento alternativo / dirigido por
Hugo E. Biagini y Arturo Andrés Roig. - 1a. ed. -
Buenos Aires: Biblos, 2008.
589 pp.; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-786-653-1

1. Diccionario de Ciencias Sociales. I. Biagini, Hugo E., dir.
II. Roig, Arturo Andrés, dir.
CDD 301.03

REUN

Red de Editoriales Universitarias Nacionales

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*
Armado: *Hernán Díaz*

© Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig, 2008

© Ediciones de la UNLa., 2008

Universidad Nacional de Lanús

29 de Septiembre 3901 (B1826GLC) Remedios de Escalada, Partido de Lanús,

Provincia de Buenos Aires, República Argentina

publicaciones@unla.edu.ar / www.unla.edu.ar

© Editorial Biblos, 2008

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires

info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com

Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta primera edición de 1.500 ejemplares fue impresa en Primera Clase,
California 1231, Buenos Aires, República Argentina, en junio de 2008.

mente a más de doscientos millones de habitantes durante un largo ciclo histórico comprendido entre 1943 a 1976— y que había eliminado el hambre —situación que se prolongó con dificultades hasta 1989—, y que posee hoy más de la mitad de su población bajo la línea de pobreza y un cuarto en la indigencia. La Argentina ha sufrido un triple proceso devastador. Ha sido desindustrializada forzosamente en un programa de revanchismo social, como ningún otro país en el mundo que no fuera ocupado militarmente; ha perdido sus reservas y producción nacional de petróleo, gas y electricidad; y de productora de alimentos ha pasado a producir forrajes transgénicos para exportación. Es decir que perdió soberanía nacional y soberanía alimentaria. El otrora granero del mundo hoy produce masivamente soja transgénica forrajera —que ocupa el 60 por ciento de la producción y el 58 por ciento de la superficie sembrada— habiendo abandonado la producción de alimentos vitales como la mayoría de los cereales, frutas, productos hortícolas, carnes, leche, lentejas, arvejas, papas, batatas y un sinnúmero de productos que han sido barridos por la expansión del monocultivo de soja RR, la cual no es un alimento sino una *commoditie* de exportación para que China y la Unión Europea produzcan carne y puedan alimentar a su población, mientras profundizan su industrialización y sus soberanías nacionales y alimentarias.

Fuentes: J.J. Borrell (comp.), *Autonomía de recursos y soberanía alimentaria*, Rosario, Facultad de Humanidades, 2005. — B. Kneen, *Gigante invisible*, Grain y Redes, 2005. — A. Lapolla, “Problemática de la expansión del monocultivo de soja transgénica y otros cultivos transgénicos en la Argentina”, www.e-libro.com, 2004. — A. Lapolla, “Sojización y dependencia. Retorno de la Argentina al modelo agroexportador”, www.e-libros.com. — D. Morgan, *Los traficantes de granos*, Buenos

Aires, Abril, 1982. — W. Pengue, *Agricultura industrial y transnacionalización en América Latina*, México, PNUMA, 2005. — W. Pengue, *Cultivos transgénicos*, Buenos Aires, Lugar, 2000.

ALBERTO JORGE LAPOLLA

SOCIABILIDAD. Es un término que comienza a ser utilizado por los ilustrados en el siglo XVIII como “trato humano, compañía o convivencia con otros, una vida en común racionalmente organizada”, en palabras de Pedro Álvarez Miranda. Inherente a la naturaleza humana, la noción de sociabilidad se confunde con la cualidad de ser sociable expresada en encuentros agradables y sin violencia merced a la implementación de ciertos mecanismos de autocooacción. Se trata, en definitiva, de generar prácticas y lenguajes de cortesía para construir una sociedad civilizada. El siglo XIX la entendió de la misma manera, la asoció al concepto de CIVILIZACIÓN (v.) y la relacionó con la vida de las elites. Algunos autores hablaban de sociabilidad como virtud privada (cortesía debida a los vecinos) y otros como virtud pública (tolerancia y contención indispensables para una sociedad política pluralista, para algunos, y ordenada, para otros). En la Argentina los textos de Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento se inscriben claramente en esta línea. Alberdi postula en su artículo “Sociabilidad” que “la libertad como el despotismo vive en las costumbres [...] es una facultad [...] que se desenvuelve por la educación. Así, el verdadero modo de cambiar la constitución de un pueblo es cambiar sus costumbres: el modo de cambiarlo es darle costumbres”. Sarmiento en *Facundo* brega también por dar nuevas costumbres o transformar moralmente al “vacío desierto” que caracterizaba las descripciones del continente americano en el siglo XIX. Siempre son las elites quienes transmiten a través de sus prácticas y por medio

de la educación los nuevos comportamientos. Los primeros trabajos académicos provenientes de las ciencias sociales reprodujeron este esquema y postularon que a través de la sociabilidad se podía conocer y clasificar los comportamientos de los individuos y sus variaciones en el tiempo. En el temprano siglo XX Georg Simmel apeló a la sociabilidad para esbozar la vida mundana en donde prima la forma de la relación por sobre el contenido, la relación cultivada por sí misma, "sociabilidad sin fin", con las reglas generales que la hacían posible. Décadas después, y desde la historia, la mirada se asienta en "los sistemas de relaciones que confrontan a los individuos entre ellos o que los une en grupos más o menos estables, más o menos numerosos", según Maurice Agulhon. La vida asociativa, formal e informal, y la historia de la constitución consciente de redes de asociaciones se convierten de este modo en objeto sistemático de estudio. En la Argentina y en la mayoría de los países de América Latina a través de las prácticas asociativas se bucea en los modos de participación y se intenta "medir" su impacto y capacidad de contribuir a la democratización de las instituciones y de la sociedad. Esta relación entre sociabilidad densa y opinión democrática produjo una ruptura en dos sentidos: por un lado permitió, o fue una invitación, el abandono de los enfoques macrosociales, y por otro una nueva manera de interrogar la política centrada hasta entonces esencialmente en las batallas y los grandes nombres.

En los últimos años tales enfoques fueron sometidos a revisión. Se subraya, tanto en los trabajos sobre Europa como para el continente americano —y en este último caso pensando especialmente en los estragos provocados por las dictaduras en el siglo XX—, que la sociabilidad vinculada a la existencia de ciertos mecanismos de autoacción sólo puede ser

una de las acepciones posibles pues la violencia tiene que ser también considerada como una forma de relación social. Al mismo tiempo se cuestiona el hecho de que la sociabilidad terminó confundándose con la vida asociativa, como sinónimo de asociatividad, especialmente política, y no se prestó atención a la experiencia generada por las interacciones sociales y a los valores posibles en que ellas se sustentaban. Hoy la sociabilidad apunta especialmente a reconstruir la dimensión de la experiencia, es decir, los modos y las formas de construcción de las relaciones sociales. En esta reconstrucción se rescata la civilidad y la cortesía pero también el conflicto y la violencia derivados de los quiebres de la interacción o de la diversidad de valores e intereses. Las miradas son además pluridimensionales pues apuntan a las relaciones que los hombres y las mujeres establecen en los espacios de ocio, en un partido político, en un sindicato, etc. Los trabajos postulan un enfoque sociocultural y político que hurgue en las experiencias que los sujetos obtienen de esos encuentros —interindividuales, grupales o colectivos— y reconstruya las formas en que se desarrollan, en espacios y ámbitos diferentes, actividades significativas. La sociabilidad es, en definitiva, una propuesta analítica que permite recorrer los procesos que llevaron a la conformación, sustitución o transformación de modelos socioculturales y políticos de expresión y convivencia.

Fuentes: M. Agulhon, "La sociabilité est-elle objet d'Histoire?", en E. François, *Sociabilité et société bourgeoise en France, Allemagne et en Suisse, 1750-1850*, París, Recherche et Civilisation, 1986. — P. Álvarez Miranda, *Palabras e ideas: el léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Boletín de la Real Academia Española, 1992. — J. Canal i Morrel, "El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)", *Siglo XIX*, nueva época, 13, 1993. —

S. Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés (1860-1910)*, Buenos Aires, Del Signo, 2000. – S. Gayol, “Sociabilidades violentas o el imposible amor popular”, en H.E. Biagini y A.A. Roig (dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, t. 1, Buenos Aires, Biblos, 2004. – P. González Bernardo de Quirós, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. – G. Simmel, “La sociabilidad”, en *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.

SANDRA GAYOL

SOCIALISMO. El socialismo, como corriente de pensamiento político, surgió prácticamente con la revolución industrial de las primeras décadas del siglo XIX, como un corpus teórico que, en principio, se ocupó de dar un contenido político, una mirada estratégica y un sentido trascendente a las protestas encabezadas por aquellos núcleos de artesanos que en Europa occidental veían transformar su mundo como consecuencia del desarrollo del sistema capitalista. Así, esa conversión de artesanos y campesinos en obreros fue un elemento que dio particular carnadura al proyecto socialista, cuyas primeras formulaciones, entre las décadas del 20 y hasta la del 40 del siglo XIX, tendió más a la generación de espacios laborales y de acotadas estructuras sociales en un sentido de conciliación entre “trabajadores” y “patrones” que al conflicto permanente entre ellos. Sin embargo, esta propuesta, de la que fueron partidarios filósofos e industriales como Charles Fourier, el conde de Saint-Simon, Robert Owen y, en parte, Pierre Joseph Proudhon, pronto mostró sus propias limitaciones, al resolver, ocasionalmente y de manera acotada, los graves problemas de la pobreza, la educación y la seguridad social, pero sin tocar, como luego señalaría el propio Friedrich En-

gels, la estructura de clases de la sociedad y el mecanismo de extracción de plusvalía que al fin y al cabo perpetúa tal modelo en base a la explotación. Más allá de su fracaso, esas primeras expresiones políticas tuvieron su éxito más grande al bautizar como “socialista” a toda esta corriente de ideólogos, propagandistas y teóricos.

Décadas más tarde, y en una siguiente generación de desarrollo ideológico y de nuevas expresiones militantes, esta primera etapa del “socialismo utópico” se vería reemplazada por otra, de contenido mucho más empírico y anclada en el terreno de la economía y la sociología antes que en la filosofía moral. Así, el “socialismo científico”, creado por Karl Marx y por Friedrich Engels, surgiría ante la opinión pública con la difusión de su clásico trabajo, el *Manifiesto comunista*, en 1848. Las preocupaciones de ambos pasaron entonces por la realización de un análisis global, en principio, de la sociedad europea occidental, donde, por medio de la filosofía dialéctica hegeliana, señalaban las contradicciones del sistema capitalista y, dentro de éste, la creación del proletariado, su gradual toma de conciencia frente a la clase burguesa, su praxis política revolucionaria y su intento por construir un sistema socialista como negación y superación al mismo tiempo del anterior orden capitalista. De tal modo, el socialismo se concibió tanto como una ideología propia de las organizaciones políticas partidarias, como también como una etapa original y negadora de todo lo anterior: aquella en la cual la “historia” debía transformarse en la “Historia”. Por cierto, el socialismo científico, que proclamaba el uso de la violencia como un elemento necesario para este salto histórico, no fue la única propuesta política desde el campo de la izquierda: desde un planteo más radical a otros más conciliadores, entre los años 50 y 80 del siglo XIX se generó toda una serie de co-